

AUTOGNOSIS. EL PENSAMIENTO MEXICANO EN EL SIGLO XX

LOS INTELECTUALES FRENTE AL PODER

Por Felicitas López

Como es su costumbre, una vez más el Dr. Abelardo Villegas publica un libro interesante, polémico y amenamente escrito, en el que con incisiva ironía (ya característica de sus escritos), no deja títere con cabeza. Sin embargo, quizás habría que lamentar cierto apresuramiento en la redacción de la obra y aunque el autor explicita claramente que no se hará hincapié sobre los acontecimientos sino sobre las ideas que los explican e iluminan, hace falta un mayor acercamiento sobre el contexto histórico y social de las diversas etapas del país.

Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX es una visión de las principales disputas ideológicas suscitadas entre los intelectuales mexicanos en lo que va del siglo, quienes se enfrentaron entre sí con una violencia inusitada.

En cuanto a las constantes del pensamiento mexicano, Villegas señala que una de las principales es la de llevar a cabo "una tarea de autoconocimiento, que se presenta incluso en aquellas corrientes que alardean de antinacionalismo" (p. 7). Otra es la indagación sobre la vigencia o falencia de la revolución mexicana, suceso histórico que marcó el desarrollo histórico posterior.

El libro comienza con un análisis de las primeras décadas del siglo, cuando se enfrentaron científicos y espiritualistas; cuando dieron la batalla los integrantes de el Ateneo de la Juventud, jóvenes preocupados por los problemas del país y a la vez escépticos de las soluciones violentas. Como liberales que eran, señalaban cómo el tan mentado cientificismo había llevado al país a una hiriente desigualdad social y económica, y en lo político a una dictadura persona que llevaba décadas de existencia. Ville-

gas escribe a este respecto: "Los evolucionistas conciben a la libertad y a la democracia como corolarios de un largo proceso evolutivo en el que la nación marcha de la dispersión a la organización, en tanto que los liberales conciben a la historia como una pugna permanente entre la libertad y la opresión" (p. 14).

Los jóvenes profesionales de el Ateneo de la Juventud estaban animados de un afán de trascendencia. Críticos del porfirismo, no se oponían a las reformas emanadas de la contienda armada, pero las veían únicamente como un medio para llegar al desarrollo humano integral. "Comprendían las reivindicaciones laborales, agrarias, económicas, pero la cuestión social se les aparecía fundamentalmente como una cuestión educativa y cultural" (p. 40). La gestión de Vasconcelos al frente de la recientemente creada Secretaría de Educación Pública ejemplifica la actitud de los ateneístas a este respecto.

El triunfante régimen revolucionario se apoya en un liberalismo jacobino cuyo producto más acabado es la Constitución de 1917. Se analizan las obras de Andrés Molina Enríquez, inspirador del artículo 27 Constitucional, de Justo Sierra, que sirvió de puente de transición entre la generación positivista y la nueva generación liberal, de los Flores Magón, Francisco I. Madero, etcétera.

En cuanto a las incipientes corrientes de izquierda, el Dr. Villegas escribe que fueron rebasadas por los acontecimientos y por un hábil manejo gubernamental que las privó de audiencia entre las masas. El marxismo será estudiado en forma sistemática hasta la postguerra, lo que no significa que no tenga su importancia, pues hay una importante corriente de izquierda dentro del oficialismo, como señala el autor: "El Estado mexicano estaba lejos de ser un Estado socialista, pero tampoco era un gobierno liberal clásico" (p. 85).

Acabada la lucha de facciones y triunfante la constitucionalista, la tarea principal del gobierno era la reorganización y la reconstrucción del país. Durante la segunda y tercera décadas del siglo se transitó del caudillismo militar al máximo, y de éste al presidencialismo. El instrumento que hizo posible esto fue el Partido Nacional Revolucionario, creado por Plutarco Elías Calles en 1929, con lo que se dio la institucionalización de la revolución. En lo sucesivo, un solo movimiento político aglutinará a la "familia

revolucionaria". Con esta institucionalización se controla al movimiento obrero a través de la corrupción y de una no tan desembozada violencia, junto a un tímido reparto de tierras y una acelerada profesionalización del ejército. En 1934 asciende a la presidencia el general Lázaro Cárdenas, quien da un giro radical a los postulados revolucionarios; inaugura el presidencialismo, y con su política nacionalista y soberana exacerba las fuerzas de derecha.

Durante la década de los treinta tiene lugar un acalorado debate entre la izquierda y la derecha, lo mismo que entre nacionalistas y universalistas, debate que se expande a todas las esferas del país, sobre todo a las artísticas. En esta época juegan un papel importante "Los siete sabios", quienes habían aparecido públicamente en 1916, hechura de los hombres del Ateneo. El autor señala que en un principio este grupo se movió en la arena política motivado por valores religiosos, que con el paso del tiempo decantaron sus posiciones hasta tomar caminos divergentes. Salieron de sus filas dos ramificaciones: "una de derecha y otra de izquierda, si así pueden llamarseles, pero ambas con un enfoque moral y humanista de las cuestiones mexicanas" (p. 66). Ejemplo de ello son los casos de Vicente Lombardo Toledano, quien se orientó hacia el marxismo, y Manuel Gómez Morín, fundador del Partido de Acción Nacional, en 1939.

La polémica de esos años no fue sólo política. En el plano ideológico tuvo lugar la famosa contienda Lombardo-Caso en torno a la libertad de cátedra en las universidades. En 1933 el Primer Congreso de Universidades Mexicanas había señalado que el marxismo debería ser la orientación ideológica de las universidades, para que se efectuara "la sustitución del régimen capitalista, por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de producción económica" (p. 86). Antonio Caso saltó a la palestra. Prominente ateneísta y antiguo maestro de Lombardo, indicó que concebía "a la universidad de México como una comunidad cultural, una persona moral que no puede profesar de manera obligatoria algún determinado credo filosófico, artístico o científico". La posición de Lombardo era de que "a una supuesta libertad absoluta considerada como derecho natural se opone la idea de que el individuo no puede existir sin la colectividad y que posee obligaciones en relación a esa colectividad" (p. 87). Para

Lombardo, el marxismo era el único sistema político que podía resolver los problemas sociales. Las cosas llegaron tan lejos que Caso llamó a su ex-discípulo "renegado del espíritu", mientras que éste le contestó que era "renegado del positivismo".

Mientras lo anterior ocurría en el plano de las ideas, en el Congreso de la Unión se modificaba el artículo 3o. constitucional (justamente el primer día de la presidencia de Cárdenas), estableciéndose la educación socialista obligatoria y de paso se atacaba a la universidad como semillero de reaccionarios. Sin embargo la tal educación socialista quedó en mera declaración, pues los maestros no se enteraron en qué consistía "y ello tenía que ser así porque no tenían delante el fenómeno socialista; se trataba en realidad de una retórica porque los acontecimientos sociales iban por rumbos muy diferentes" (p. 95). Retórica en la que el sistema político mexicano es maestro.

Las críticas al proceso revolucionario durante la década de los treinta no provinieron solamente de la derecha, sino incluso de boca de un carrancista confeso como lo era don Luis Cabrera. En las conferencias sustentadas a lo largo de 1931 tituladas "Balance de la revolución", señalaba que ésta había sufrido una traición, pues "libertad, igualdad, justicia, sufragio efectivo, no reelección, autonomía de los poderes, municipio libre, soberanía de los estados, independencia internacional... Palabras, Palabras, Palabras. La revolución no ha resuelto ninguno de los problemas políticos de país" (p. 104).

Lázaro Cárdenas fue quien declaró que la revolución "vive en orgánico movimiento de renovación", con lo que dio principio a una retórica de la "revolución permanente" que hace posible alargar el proceso revolucionario *ad infinitum*.

En lo correspondiente a la cultura, la polémica se centró entre nacionalistas y universalistas. Durante 1929 y 1931 apareció la revista cultural *Contemporáneos*, a la que animaba un grupo de jóvenes intelectuales, algunos de los cuales se cuentan entre los mejores poetas de este siglo. Entre las finalidades de la revista estaba el estudio de la cultura universal, en oposición al recalcitrante y áspero nacionalismo surgido de la revolución. Se les calificó de extranjerizantes, aburguesados, afeminados y cursis, a lo que respondieron los Contemporáneos ferozmente, con una crítica que abarcaba a todos los órdenes, no única-

mente el literario. Apunta el autor que: "Los intelectuales del país estaban animados por un inmenso prurito crítico y les parecía que la crítica que hacían los otros no era suficiente" (p. 74). Alfonso Reyes —con su inmensa autoridad— terció en la disputa desde Río de Janeiro, poniendo punto final a la misma: escribió Reyes: "Nada puede ser ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tiene que comenzar por la parte: por eso 'universalidad' nunca se confunde con descastado" (p. 77-78).

Pero esto no era todo. En 1934 Samuel Ramos publica *El perfil del hombre y la cultura en México*, una indagación sobre el ser del mexicano. Abelardo Villegas señala que aquél descubrió que "muchas de las realizaciones de la historia y muchas actitudes de la vida cotidiana las ha elaborado el mexicano para ocultarse a sí mismo las posibles deficiencias de su realidad" (p. 81), inaugurándose el supuesto "complejo de inferioridad" como explicación de nuestros males.

Otro de los temas tratados en la obra por Villegas es el de los transterrados españoles que huyeron de la guerra civil y del triunfante franquismo y que dieron nuevos aires a la preocupación sobre el destino de México. Su aportación fue importante sobre todo en el terreno filosófico. José Gaos fue uno de estos eminentes filósofos que dejaron honda huella en México. Este pensador "conducirá a sus alumnos a una tarea de salvación nacional que en el plano de las ideas se manifestará sobre todo como un análisis minucioso de la historia del pensamiento mexicano y como una reflexión acerca de la realidad en torno" (p. 116). Leopoldo Zea, uno de sus brillantes discípulos, encontró en sus estudios que los latinoamericanos no habían copiado servilmente el pensamiento europeo, sino que lo habían adaptado a sus peculiares circunstancias; igualmente "comprendió que tales valores (los occidentales) sí tenían un poder de convicción universal, pero lo que no era universal eran los intereses de occidente" (p. 119). En su extensa obra Leopoldo Zea postula que los latinoamericanos debemos asumir nuestro pasado y proponernos un proyecto asuntivo, lo que implica dejar de vivir modelos ajenos para elaborar el propio.

Durante las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, la preocupación girará en torno al abordaje del ser de México y de América. Aclara el autor: "se trata de ganar un concepto ontológico para que funcione como idea explicativa de *todo* lo mexicano y *todo* lo americano" (p. 122). Dentro del campo de estudio de lo mexicano se destaca el grupo Hiperión, alentado por Leopoldo Zea, cuyos integrantes se dedicaron a indagar sobre el mexicano. De sus esfuerzos queda una colección titulada *México y lo mexicano*.

Fuera del grupo, Octavio Paz publicó en 1950 su célebre ensayo *El laberinto de la soledad*, donde se hacía expresa esta misma preocupación, pero según él, lo que nos caracteriza es la soledad, no el complejo de inferioridad.

Por su parte, Edmundo O'Gorman en su libro *La invención de América*, plantea que "es la idea de América la que se inventa. La historia de esa invención es muy interesante, atañe primero al ser geográfico y luego al ser histórico" (p. 124).

Durante la postguerra la vieja polémica entre la izquierda y la derecha quedó dirimida en favor de esta última. Con el alemanismo, la derecha no prosperó ya que "ideológicamente no era necesario porque el mundo oficial se había apropiado de sus metas" (p. 136), mientras que la izquierda oficial era eliminada dentro del aparato gubernamental al amparo de la guerra fría. La izquierda en general vivió un proceso de dogmatismo y esclerosamiento que está muy bien personificado en la obra de estos años de José Revueltas, quien expresó como pocos "la conciencia dolorosa de un militante" (p. 147).

Durante el alemanismo "modernidad y capitalismo resultan ser sinónimos" (p. 136). El camino abierto a la revolución era el de la industrialización acelerada, el aumento de la productividad agraria, las buenas relaciones con el vecino del norte, la penetración del capital extranjero en sectores económicos antes no permitidos, junto al afianzamiento de la rectoría estatal. Dos intelectuales discuten la sobrevivencia de la revolución: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas. Su conclusión es que ésta ya no tiene nada que hacer, que ha fracasado.

Surgen nuevas discusiones sobre el tapete con la descolonización, el surgimiento del llamado "tercer mundo", la rebeldía estudiantil y el desencanto respecto a los "socialismos reales". Se descubrió que había muchas maneras de

ser progresistas "sin subordinarse a una ortodoxia que además cambiaba de acuerdo con las circunstancias, aunque pretendiera fundarse en una serie de verdades permanentes" (p. 140).

Mientras tanto, el país se moderniza, se efectúa la reforma agraria, se establece el reparto de utilidades y los libros de textos gratuitos, se ejerce una política exterior independiente y digna, aunque los frutos del desarrollo no se reparten equitativamente.

En 1965 aparece *La democracia en México*, de Pablo González Casanova, la "primera obra importante de la moderna sociología mexicana" (p. 149). "El libro era una explicación y en cierto sentido una justificación del régimen mexicano" (p. 149).

Fue durante los años sesenta y setenta cuando intelectuales como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, el citado González Casanova y Luis Villoro, "no comprometidos con la izquierda partidista, se acercaban y se alejaban alternativamente del mundo oficial. Críticos del gobierno participaban a veces del servicio exterior y aceptaban los premios nacionales que discurría el régimen o de plano se absorberían en las esferas

oficiales después de un pasado contestatario" (p. 148).

A este respecto señala Villegas que en nuestro país "se observa en la historia del pensamiento mexicano que, con frecuencia, aunque no siempre, el radicalismo juvenil de los intelectuales va convirtiéndose con la edad en un conservatismo" (p. 100). Recuerda para ejemplificar su aserto, los casos de Vasconcelos, Diego Rivera, Gómez Morín, etcétera. Hasta el fatídico 1968 todavía se tenía la ilusión de mejorar y democratizar al Leviatán priista, lo que no dejaba de representar un dilema para los intelectuales.

El autor menciona igualmente que durante la década de los sesenta se dio una polarización de las preferencias filosóficas, sobre todo entre el marxismo y la filosofía analítica. Surgen también una pléyade de jóvenes literatos organizados alrededor de Octavio Paz y de Fernando Benítez en las páginas de los suplementos culturales que éste dirige. José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Juan García Ponce, José Luis Cuevas, rompen lanzas contra el nacionalismo e inician una búsqueda de la universalidad, pero como los problemas del país son acuciantes vuelven los ojos al terruño, pero

ahora con un nuevo enfoque.

"En una palabra, la crítica de la cultura trató de elevar la meditación sobre el jazz o las tiras cómicas a los niveles de la tradicional alta cultura, la filosofía, la lingüística, etc. Y se pensó que era una consideración de lo nacional no nacionalista y en un marco conceptual a la altura de los tiempos y de nivel internacional" (p. 157-158).

El último acontecimiento analizado por el autor es el movimiento estudiantil de 1968, que paradójicamente aparece en el grupo social más mimado por los regímenes revolucionarios, además de que "la universidad se constituía en un semillero de políticos oficialistas" (p. 160). Las privilegiadas clases medias, hechura de los regímenes revolucionarios, sobre todo a partir de la postguerra, estaban hartas del autoritarismo priista. Para colmo, el gobierno de Díaz Ordaz se mostró incapaz de dialogar y reprimió a sangre y fuego la revuelta, que empezó con pretextos fútiles. Como escribe Villegas: "Lo que era mayoritario era la indignación y el ímpetu de rebeldía" (p. 162). En el movimiento estudiantil los obreros, y por supuesto los campesinos, brillaron por su ausencia, pero al menos contó con el apoyo unánime de

era



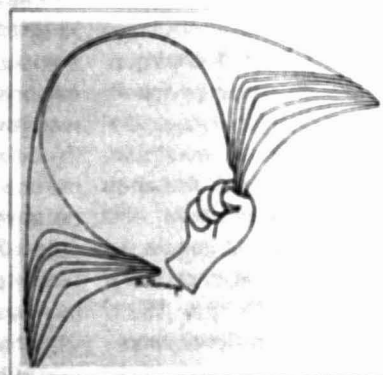
TOLEDO
LO QUE EL VIENTO A
JUÁREZ

◀ **PRÓLOGO DE**
CARLOS MONSIVÁIS

◀ **48 LÁMINAS EN COLOR** ▶

EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 06810 MÉXICO, D.F.
MÉXICO, D.F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY, N.L.
☎ 581 77 44 | ☎ 14 90 48 | ☎ 42 08 12

Vuelta 120



Inéditos de
VICENTE HUIDOBRO y MIGUEL HERNÁNDEZ

Narraciones: Juan García Ponce,
Alejandro Rossi, Carlos Fuentes, Alberto Ruy Sánchez
Ensayos y comentarios: Gabriel Zaid, Enrique Krauze,
Mario Vargas Llosa, Guillermo Cabrera Infante,
Jaime García Terrés, Eduardo Lizalde, Adolfo Castañón,
José Miguel Oviedo, Julio Ortega

la intelectualidad, con sus honrosas excepciones.

El gobierno acusó a los estudiantes de "extranjerizantes", por enarbolar efigies de Fidel Castro y del Che Guevara. Escribió el autor a este respecto que "la distinción entre héroes ajenos y propios resultaba una verdadera caricatura del nacionalismo, una actitud aldeana y cerrada que contrastaba con cierto internacionalismo del movimiento estudiantil. El nacionalismo del gobierno era ya un nacionalismo reaccionario convertido en instrumento de manipulación política" (p. 164).

"En la década de los setentas, los lineamientos de la cultura mexicana son sólo una prolongación de los marcados en la década anterior" (p. 168). Sigue haciéndose expresa la preocupación por lo mexicano, aunque la polémica sobre la vigencia o no de la revolución queda zanjada. Lo primero se expresa en un "permanente estudio de la realidad nacional en sus diferentes aspectos, pero ya como una tarea normal y cotidiana" (p. 169), lo que es a su vez consecuencia del mismo desarrollo social, mientras que en cuanto a lo segundo el autor es categórico: "En el terreno del pensamiento político la cuestión de la muerte de la revolución mexicana queda definitivamente zanjada" (p. 170). A nivel oficial sigue haciéndose uso de su retórica, ya que si el sistema la entierra se deslegitima.

Después de un somero análisis de los sexenios de Echeverría y López Portillo concluye que cada vez es más difícil para el gobierno seguir esgrimiendo la bandera del "desarrollo económico acelerado, desigual pero sostenido". El mandato de Miguel de la Madrid se inicia con una severa crisis económica y con un profundo fracaso de la "administración de la abundancia". La inflación, la corrupción, la ineptitud política y administrativa son las constantes.

El Dr. Villegas termina su libro con una exhortación a los hombres de pensamiento: "Al final del siglo México se encuentra en una encrucijada política, económica, cultural y moral, cuyo diagnóstico y soluciones constituyen un verdadero reto para los hombres de ideas" (p. 171). ♦

Abelardo Villegas, *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, IPGH, 1985, 181 p.

Discos

EL REQUIEM DE MOZART

Por Rafael Madrid

El Requiem es la última obra de Wolfgang Amadeus Mozart. La muerte lo sorprendió trabajando en la partitura de esta misa de difuntos. Mozart tuvo el presentimiento de que sería su despedida de este mundo. Puede asegurarse que el genial salzburgués trabajó realmente hasta exhalar el último aliento en la composición de esta misa. El hecho de que el Requiem se impusiera tan rápidamente y lograra celebridad mundial no se debe únicamente al reducido número de misas de difuntos verdaderamente musicales y artísticas existentes, ni a su historia romántica. La razón está en la música misma, que al igual que en *La Flauta Mágica*, escrita casi al mismo tiempo, tanto en su forma como en su esencia, es un documento musical de valor universal.

La enfermedad de Mozart investigada a fondo por la ciencia médica y siempre un tema de discusión, ha dado pie a muchas leyendas e historias. El lecho de enfermo de Mozart, a su regreso de su último viaje a Praga, se convirtió en su lecho de muerte. Mozart, auxiliado por Franz Xavier Süssmayr, su discípulo, *factotum*, y blanco de sus bromas en sus últimos años, trabajaba e intentaba continuar la composición del Requiem. Benedict Schak cuenta cómo, reunidos junto a su cama, con Hofer el cuñado de Mozart y el bajo Gerl cantaban el Requiem cuando Wolfgang rompió a llorar fuertemente. Con toda lucidez veía aproximarse su fin, con toda lucidez participaba del mundo que le rodeaba. Sophie Haibl, hermana de Constanze, esposa del compositor, cuenta que estaba Süssmayr sentado al lado de Mozart. Sobre la cama estaba el manuscrito del Requiem y Wolfgang le explicaba que, en su opinión, Süssmayr lo debía terminar después de su muerte.

Durante la noche del 4 al 5 de diciembre a la 1:55 murió Mozart. El Requiem quedó incompleto. Se interrumpió en el noveno compás del *Lacrimosa*.

Constanze agobiada por la enfermedad, el dolor y la pobreza ordenó que el mezquino entierro se hiciese del modo más barato. El 6 de diciembre por la tarde sacaron el cadáver en un sudario negro. El cortejo fúnebre se detuvo, para la bendición del cadáver en la capilla del crucero, al lado norte de San Esteban. Lo que siguió es impreciso a causa del mal tiempo. Ante las puertas de la ciudad, fue enterrado Mozart en el cementerio de St. Marx en una fosa para indigentes.

No se levantó ni una piedra ni una cruz. Una columna truncada, con un ángel llorando su muerte señala hoy el lugar en el que se supone está su sepultura.

Mozart, como hombre y compositor tenía todos los sentimientos; y ninguna pasión, excepto una; pero esta era terrible: el orgullo, el poderoso sentimiento de su genio. Pero haciendo abstracción de esta inmensa y única pasión encontraremos la más amable y sonriente de las almas. Fue dichoso, y no obstante pocas existencias fueron más duras que la suya. Fue una lucha sin tregua contra la miseria y las enfermedades. Sólo la muerte puso término a esos males —cuando tenía 35 años—. ¿De dónde provenía, pues, tanta felicidad?

En primer lugar de su fe, inteligente y exenta de supersticiones, fuerte, firme. Es una fe con calma, sin pasión, sin misticismo: *Credo quia verum*. A su padre moribundo le escribe el 4 de abril de 1787: "...Y agradezco a Dios por haberme acordado la felicidad... no puedo acostarme sin pensar que al día siguiente puedo haber dejado de existir; y a pesar de todo ninguno podrá decir que soy melancólico y triste en mi modo de ser. Doy gracias a mi creador por esta felicidad y la deseo de todo corazón para mi prójimo". Esta es la felicidad en la eternidad.

En segundo lugar su alegría es la de crear. Componer, decía Mozart, es mi única alegría y mi gran pasión. Para él componer y ejecutar son funciones tan indispensables como comer, beber o dormir.

Especialmente en tres obras Mozart ha expresado lo Divino: en *El Requiem*, en *Don Juan* y en *La Flauta Mágica*. En *El Requiem* respira el puro sentimiento de la fe cristiana. Mozart ha hecho sacrificio en él de sus seducciones y sus gracias mundanas. No ha conservado sino su corazón, que se vuelve humilde, arrepentido, tembloroso, para dirigirse a Dios. Un doloroso terror y una tierna contrición recorren la obra, de sentimiento grandioso y honda convicción. La emotiva melancolía